

200

"TIERRA de
madrugada"



PARA LOS
NIÑOS DE
MI CIUDAD

Poemas de Manuel Durán Díaz

MANUEL DURAN DIAZ

TIERRA DE
MADRUGADA

(POEMAS)

1 9 4



PORTADA DE HUELÉN : : : : :
INTERIORES DE VENTURA LOPEZ

OBRAS DEL AUTOR:

Inauguración de la Tierra

Antología poética de 6 Voces de Antofagasta, 1942

Tres Cuentos del Norte

Premio Municipal en colaboración con Mario Bahamonde y Arturo Ramírez, 1945

Tierra de Madrugada

Homenaje a los Niños de Antofagasta, 1947

Próximamente:

Incorporación al Paisaje

Poemas

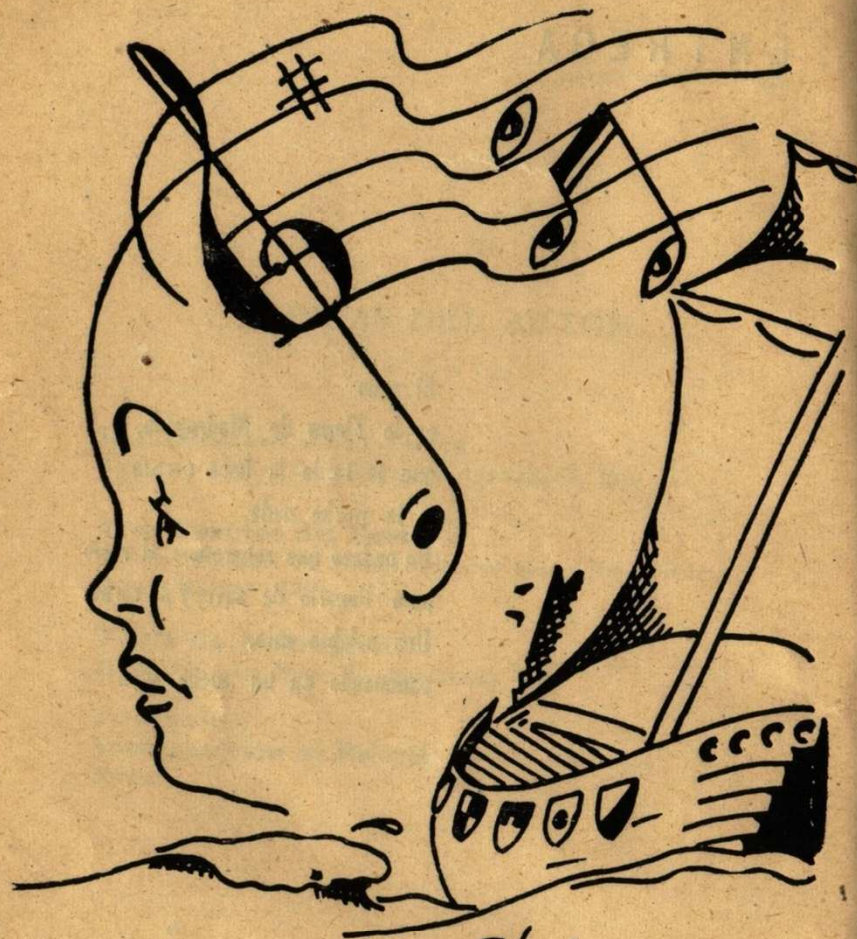
ENTREGA

El niño
es la Tierra de Madrugada,
que la tarde la hace oscura
y la noche nada.

Un pedazo que robaremos al vacío
para llenarlo de savia y de carne.

Una palabra mía,
caminando en un sueño tuyo.

Antofagasta, Chile 1947.



El Niño

Desde sus manos se asoma el niño, con sus ténues pasos de cartulina y de humo. Papeles, con corazón de pájaros, salen a caminar de sus manos y se suben a los árboles, como si quisieran construir un nido.

La vida conversa en su a'ima, con rumor de diamantes que se lavan, para regalar la inauguración más pura de su luz. El sol deja un testimonio en su piel, y el viento ordena, que sólo su hija menor la brisa, se pasee por sus cabellos. El niño hace un saludo al mundo y empieza a coleccionar en sus ojos los colores de la tierra. Clasifica, en pintorescas celdillas, el ruido que hace el agua al desembarcar, con su tripulación de espuma en la playa, y el canto de los hombres que nace desde el muelle o desde la mina.

Viaja prendido en todos los barcos que descargan su sueño en el puerto, y pasea su perfil de humo en los trenes que se van del pueblo. Descubre que una caña hueca tiene música en su boca, y que los ojos de

su padre son los de él; pero nada más que un poco entristecidos. Descubre que su madre lo lleva prendido en las pupilas, a manera de medallón.

Golpea el reloj hasta destrozarlo. Por la esfera muerta cree ver escaparse el insecto del ruido, que lleva prendido entre sus alas, el alma del reloj.

Vive embrujado de poesía; compagina la respiración del cielo en un libro de tapas azules y cree que el alba, antes de salir a caminar, se pone un transparente camión delante de un ropero.

Animado de oculta magia hace hablar un pedazo de carbón, y lo acaricia como a un negro pensativo. Le obsequia voz y alma para hacerlo caminar de su mano. Le habla a su trompo como a un hermano pequeño y sube, hacia lo más alto, por el hilo tirante de su volantín. Allí cree que la nube no es otra cosa que un puñado de cielo aventurero que sale a caminar, persiguiendo a los pájaros.

Toma tornillos y clavos y los hace marchar, en formación de soldados, arriba de su mesa.

Es el emperador más diminuto de la tierra. Posee dentro de su alma inmensos castillos contruidos de luz y esbeltos galcones, que viajan, desde el fondo de todos los mares, a resumirse nada más que para sus ojos. Desde sus cubiertas y puentes de mando descenden, entre unísonos sombreros de anchas alas, aterrados bucaneros—con su estremecida muerte de siglos—a poblar su llamado. Hace cantar los barcos negreros y llama a su capitán, para impartirle una extraña orden.

El negrero aterrado ordena la libertad de los esclavos. Surgen desde el fondo de la nave, multitudes

de hombres acharolados que miran jubilosos el cielo, abierto, a manera de escalera, para subir a buscar el aire de la liberación.

Corren los negros y besan las manos del niño que sonríe. El los habla en su mismo lenguaje de siglos y los negros desnudos desaparecen cantando una canción, que el niño también repite entredientes.

La madre, que está muy junto a él, le pregunta «¿Qué te sucede?». El niño sonríe, vuelve a cantar y le responde: «Nada».

Muy lejos el mar encallece sus dedos azules de tanto golpear la oscura puerta de la costa.

Se angustian los hombres. Lloran las mujeres. Sólo el niño sonríe feliz de haber rescatado de ese barco, dibujado en su libro de cuentos, a tantos hombres esclavizados.

Es la misma sencillez del niño blanco, negro o cobrizo, que juega en todas las calles del mundo.

Todos los caminos se resumen en sus manos. Desde allí parten a jugar a los cerros desnudos, o a los valles prisioneros en verdes celdas de pasto.

En los campos los niños se acercan a su tierra a romper las flores. Anhelan saber cómo se hace el color dentro de sus políeromas capas, y cómo hacen las flores para prender, con tanto cuidado, el cinturón de aroma a sus vestidos.

Junto a la pampa los niños tienen la estatura de la lejanía. Con monedas de arena adquieren para el desierto, un sombrero de soledad. Pero siempre son los mismos niños dibujados desde una misma sonrisa,

que cogen la mañana como a un burro de plata de sus dóciles orejas, para hacerlo llevar su camino.

Mano pálida y callosa. Mano tibia y rosada. Mano que canta en los bosques o en el desierto: síntesis de manos pequeñas, acercando a grandes brazadas el cielo para meterlo dentro de su blusa.

Un rústico palo de escoba se convierte en un hosco alazán que corre raudamente por todas las calles.

Un perro de orejas mansas y gachas, despereza su letargo junto a sus días. Se le humedecen los ojos y, por primera vez, sabe llorar otras lágrimas, cuando se muere el amigo inseparable. Siente partirse esos buenos ojos dentro de sus cuencas, al igual como caen las bolitas de vidrio, desde su mano a la acera.

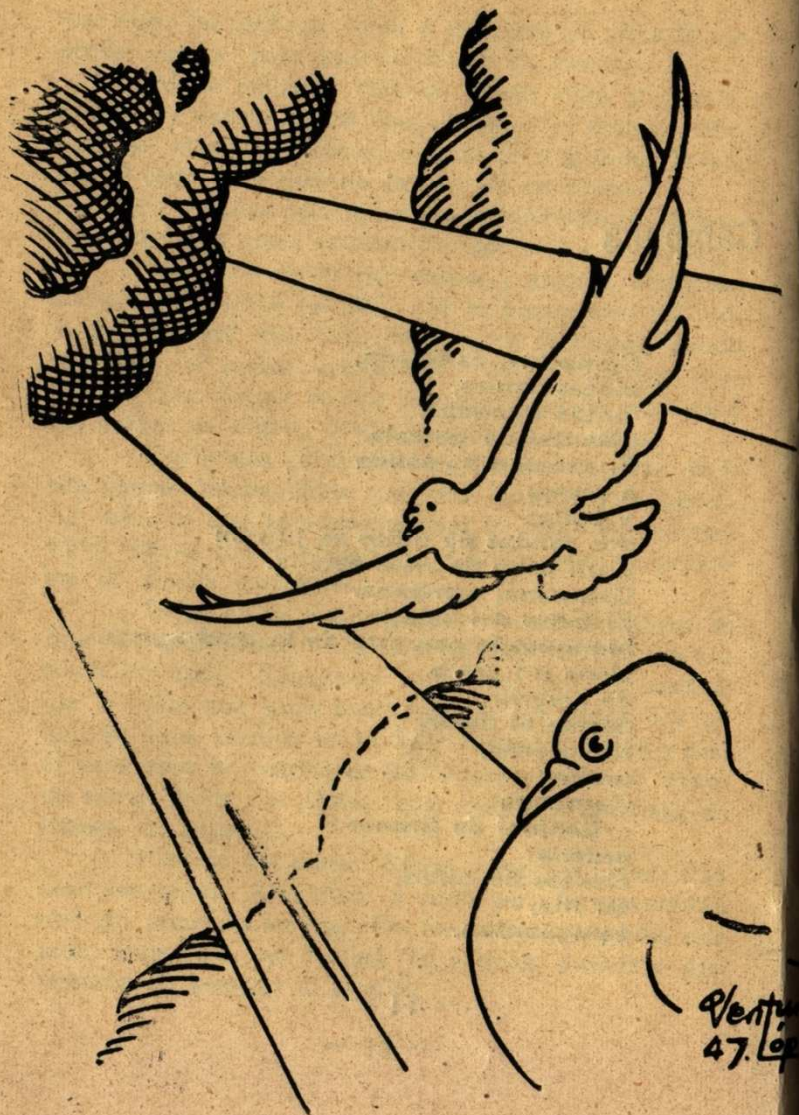
Cuadernos garabateados, donde las letras parecen barcos sorprendidos por una tormenta de papel. La «ele» es una anciana enferma; la «emé» es un ferrocarril que no puede encontrar el andén con su enjambre de aladas mariposas.

Juega en la plaza y el sol en sus hombros se finje un gran poncho. El sabe juntarle la risa que cae desde su cara. Camina el niño, tan alto de sueños, que a veces una nube suele rozarles las sienas. De un hilo de agua perdido en la calle fabrica los ríos y sólo él sabe usar la sonrisa de los viejos capitanes, cuando saltan desde sus dedos, una escuadra completa de barcos de papeles.

País de los niños. Cielos para los niños. Pan para los niños. Aire libre y puro para la humanidad que allí cimienta su luz. De esa sangre pequeña, que arde imperiosa, se forjará la sonrisa duradera que trataron de borrarle al mundo.

Campana

**Campana, campana,
cintas azules,
cintas moradas,
delantal de percala.
El corazón ha salido
a recreo
y baila:
dos rondas de niñas se juntan
y un ocho de risas estalla.
Campana, campana.
El patio del colegio,
blanqueado con tiza de la madrugada,
tiene un cerco
de alegría
donde el dolor,
impotente,
araña.
Campana
—General de Bronce—
ordena:
cientos de oídos,
en fila,
te aguardan.**



La Paloma

La paloma nace
cuando Dios respira.
Blanco columpio que sube
atravesado de vuelo.

Rueda el alba y la paloma,
y en la perfecta identidad,
nadie me sabe decir:
¡quién se ha adueñado del aire!

Al ver una paloma,
correr hacia la noche
los niños del coro cantan:
"Es un pedazo de día
que vuelve tarde a su casa".

La paloma es un ancla
que dejan caer las nubes,
para atracar a la tierra,
con tenues velas de lluvia.



Fantasia para un cuaderno infantil

El pájaro es una nota en fuga del clavicordio del
(aire;

la bandada es una rapsodia,
que el viento servidor del cielo clava,
con el tallo de las flores en el atril de los árboles.

El clima, gerente de oficina ordena:
que la tierra cambie sus folios,
en láminas de plata verde.

Los moscardones tienen un mitin
de protesta en contra del viento,
porque él sólo se adueña del aire,
para vender su sonsonete.

Las mariposas han enviado,
al viejo rey de la floresta,
un manifiesto de amparo,
pues los gnomos pintores,
han tomado sus alas
para servirse de paletas.

El cielo es un pizarrón de estudiantes,
que lo llena de letras el humo.
El viento agita en su mano,
una almohadilla de nubes.





Una semilla

Una semilla con el agua,
dentado al trazo de la vida,
de niños con ojos desahucados.

Una semilla con el agua

una semilla con el agua
una semilla con el agua
una semilla con el agua
una semilla con el agua
una semilla con el agua

II

**La semilla ha llegado,
con su gris uniforme de trabajo.
Con tierra y con rocío
fabrica una escalera de raíces,
para subir a conversar con las estrellas.**

**Es la pupila abierta que tiene la tierra
para limpiar su cansancio,
en la pureza del cielo.**

**La semilla es una llave oculta
en las manos de un jardinero;
sirve para abrir el cofre
donde el viejo celosamente
guarda la primavera.**

III

Una gota de agua dormida
tiene también su voz:
"Cuando sea grande
jugaré a la tempestad.
A una orden mía
los capitanes se cuadrarán.
Visitaré las ocultas ciudades,
donde viven las mareas
y cantando entre ellas,
subiré a mirar la tierra.
Tregaré por la herida abierta,
que anocheció a perdidos galeones
y condecoraré con ramas de algas,
la tripulación de sus muertos.
El viento me tomará de las manos,
para hacerme más alta y pura
y en este viaje obsequiar
amarillas sandalias a los trigos,
que se ven tan tristes, con sus pies desnudos.
Pero nunca mi gozo será tan grande,
como vivir en una caña dulce
y romperme, en diminuto milagro,
en la boca de todos los niños".

Lluvia Lejana

¡Qué recta cae el agua,
llenando el techo de la casa,
de niños con pies desnudos!

Un almohadón de niebla
para el paisaje,
y una ventana donde la tierra,
se asome a saludarla.

Entre surco y surco,
un hilo de agua se ha tendido;
por él conversan las semillas,
de su verde destino.

Lluvia,
cuaderno de música,
donde los ángeles ciegos,
aprenden a cantar.

Es un trompo de agua el cielo,
y la nube: un cordel que lo hace girar.

Vuela ágil y copioso
que a tu cansancio lo espera
un patio de arcoiris,
construido por los niños,
detrás del último cerro.

Dianita

Dianita tiene los ojos azules,
de tanto ponerse a soñar.
En sus cinco años de candor,
ha preguntado
a la abuelita:
—Esos papeles
que suben al cielo
ahora que hace viento,
juegan al arroz con leche,
o a la pinguiririta?—
La abuelita ha callado,
y no sabe qué responder,
porque ella ve simples papeles,
que suben y suben,
hasta caer.

El Niño Ciego

(De los ojos espantados de
un ciego, la noche sale
a caminar.)

El niño ciego viene labrado
en los duros cristales del frío.
Por fuera es una estatua lamida de sales,
por dentro su sangre construye ciudades,
donde él suele
pasear su tristeza.
Los trenes que llegan del alba,
no tienen arriba a sus ojos:
maderas oscuras que sueñan,
hiriendo los párpados.
Al rodar su cabeza desde los hombros
es una lámpara rota;
una oscura casa
que asusta a los niños.
Cómo lloran sus ojos por dentro?
Cómo cree que somos nosotros?
El niño ciego está solo en la esquina,
vendiendo sombra a la noche.
El niño cierra los ojos,
y la noche se hace más noche,
tanta que las palabras tienen
miedo y no salen de su boca.

Salitre

Pequeño mago que anima,
la fábula de la tierra estéril.
Hortelano que se encubre,
de embozadas lejanías.
Arida piel para el viaje
del minero que sueña.
Sangre blanca y abierta
en el corazón de la tierra.
Su prédica verde ilumina,
lejanas tardes campesinas,
y en el caliche, donde vive,
rueda en silencio su plática,
sin que nadie la comprenda.

Retorno del Pólen

(Homenaje a los niños
muertos en la guerra).

Tres capas de luna blanca,
para el niño muerto en la guerra,
pólen que se perdió en el aire,
sin llegar hasta las flores.

El jazmín claudicó su musgo,
para no lastimar su huella
y la brisa, con sus meñiques
de fino aire, le abrió veredas.

Aun la tarde para no turbarlo,
hace la noche trás de sus hombros
y el mar juega y reluce cerca del niño,
con sus barbas de vieja espuma.

Quién hirió a la noche de tanta estrella?
—El viento que sube con puñal al cinto.

Pronto, tres capas de luna negra
que la noche se eriza de espesa brea,
y acerca bufando sus dinamos calientes
y sus antiguas cavernas oscuras de miedo.

Anochece el niño volviéndose solo,
más puro y lento de piedra y de sal.
Una mampara de tierra lo aguarda,
con sus goznes donde gira la eternidad.

Presencia de Eslainer López

Eslainer tenía diez años. Sabía construir maravillosas historias para los ojos. Florecía detrás de él su sombra, como un raro velamen venido de los tibios astilleros del sueño.

Mejillones, con su bandera de moluscos, flameaba desde sus hombros y el cielo con su limpia severidad, empujaba hacia el sur, el viaje humedecido de las nubes.

Un clacar de alas improvisadas espejó una vez en sus sienes y, el ansia de lo desconocido, fué llenándole de pequeñas fogatas el cuerpo.

Una mañana, con Hugo Miranda y Servando Cepeda, dos pequeños del pueblo, partió Eslainer. Su paisaje era una aventura de mineros diminutos, y sus gargantas vetas florecidas de luz.

Los tres niños corrieron la pampa, comprada por los sueños, para hacer viajar a los mineros. Se endurecieron en sus cerros; se abismaron en su arena y temblaron en su soledad.

Bajó la sed a beber a sus gargantas y corrieron tras el espejismo que se disolvía en carcajadas, detrás de cada piedra. A los tres días cayó Eslainer y todas las estrellas bajaron, inútilmente, a humedecer la ruta extenuada de sus venas.

Hugo y Servando, desnudos, salobres de llanto y de fiebre, acercaron su marcha hacia rostros amigos que les fueron limpiando, poco a poco, de sus pupilas la transfiguración de la tierra calcinada, que aun parecía perseguirlos.

Pero allá lejos se quedaba Eslainer, construido de arena, con sus ojos quietos, sin responder al llamado del sol que lo seguía buscando por el desierto.

Eslainer y el Pueblo

El pueblo estaba allí, sostenía el gran cartelón azul que formaba el cielo y sujetaba, con la blandura de su arena, el mar apisionado con puntillas de sol.

El aire volvía lento el viaje de las garumas y la soledad humedecía la tierra de una serena tristeza. Desde el hombro oscuro del puerto saltaba el viaje de los barcos.

Más lejos, las piedras en los cerros asumían altitud de árboles, para engañar el vuelo de los pájaros.

Con la luz cansada el cielo empezaba a formar la tarde. Allí, adentrándose en el paisaje estaba Eslainer. El silencio iba rodeando de pureza la simplicidad de su juego. El niño se detuvo y su voz, sacudiéndolo en secreto, le llenó las sienes de asombro:

«En estas mismas paredes,
mis ojos no quieren jugar.
El mismo paisaje triste
que corre en tardes de humo,
y mi volantín seco en el aire,
de tanto quedarse en el cielo.
La plaza que espera mis gritos;
el trompo que canta en la mano,
la vida que respirá el cansancio,
tendido siempre en la misma calle.
No puedo. El viento me llama.
Siento mi nombre caer al oído.
Cada ruta es sólo un pájaro
que descansa para seguir su vuelo.
Hasta el agua que aquí viene,
llega en zancos de distintas olas
y sigue su viaje de horizonte en fuga,
después de descansar en los pontones.
Mejor que calle la suavidad conmovida
y traiga mi volantín del cielo,
como siempre mi cama será un barco,
y sus sábanas velámenes del sueño.»

Callan silenciosos la noche y el niño,
enredados en el volantín de pena.
Cada uno toman sombras iguales
y se despiden, camino de la mañana.
Marca un reloj de aventuras,
las puertas cerradas que se miran.
Alguien ha lastimado el cielo,
con una blanda herida de luna.

Acercamiento

El aire seco ha tórcido, aún más, la dirección de las nubes. Dos sombras pequeñas se despegan de las casas y avanzan con lentitud. Se repone el silencio cuando olvida los débiles pasos, y sólo las luces siguen viviendo frías, e imperturbables.

Algunas estrellas cubican en el agua, ganchitos aventureros de luz. Los dos niños, cerca de la playa, se han tendido a conversar. Uno de ellos es Hugo Moreno. Fiel amigo de los cerros y calzador de la antigua sandalia de la aventura. El otro es Servando Cepeda, diminuto, tímido; pero, ahora, sus ojos se hacen pequeños para contener tantos caminos.

Para el miedo y el silencio de la pampa, alguien les está robando las palabras:

Hugo:

«Servando, mañana vendrás conmigo.
El aire que esta noche nos respira,
se hará más puro al transmontar
el cerro.
Olvidaremos, para siempre,
estas casas,
que mancha de gris el cansancio
y que acodadas sueñan,
el retorno de los mismos trenes.»

Servando:

«Dejaremos el color del trompo,
la curvatura simple del juego,
estos cerros desenvueltos
que se burlan
y conocen de memoria
nuestro nombre.

Vendrá con nosotros Eslainer,
nuestro amigo entristecido,
que llena de orfebrería el cielo,
con su astillero de altos volantines.

Partiremos cuando el alba se acerque
a lavarnos con su luz la tierra
y cuando el sueño de la madre esté quieto
y no pueda conocernos en la huella.»

Queda la mañana tan alta
y tres niños van por ella.
Gorjea un anhelo tibio,
en el volantín de sus venas.
Han secuestrado agua clara,
en celdas de limpias botellas
y el pan infla en sus bolsillos,
un enharinado joce de velas.
Una alianza de pasos menudos,
suscribè el tratado del desierto,
dejando en la tierra su huella,
a manera de legítimos sellos.

Sobrecogimiento

Un levantamiento de voces pequeñas rastrea la severa madurez de la tierra. Allí está el desierto, fatigando, hasta el mismo sol que lo camina.

Tres sombras leves avanzan hiriéndolo, apenas, con su ruido. Un diálogo azulándose de temblor, hace nacer la suavidad y las palabras van buscándose, y enlazándose en repentinos anillos:

Servando:

«Mi caballo de escoba,
con sus crines rotas,
quién lo ensillará?
El metal de las espuelas,
lo pondrá la soledad,
y el viento hará de bridas
para aprender a galopar.»

Hugo:

«¡Qué pequeño nos parece
nuestro pueblo,
al respirar aquí el mundo!
Pero este silencio que nos sigue,
con sus ojos tan redondos,
y que en todas partes nos aguarda,
y siempre nos está mirando?»

Eslainer:

«Es la pampa,
minuciosa hiladora,
que va tras de nosotros,
suscitando el ruido
que en la arena abren
nuestros pasos.»

Los tres niños caminan la pampa,
buscando el país que llevan por dentro.
Un río de sombras les cae en la espalda
y bajan sus manos a beber el cansancio.
La niebla del sueño les hace saludos,
los niños contestan y siguen la marcha.
¡Se tuerce la sombra dentro de una caja
y se hace la noche para toda la pampa!
En el día giraban los niños tan altos,
que vieron la casa donde nacen los vientos.
Ahora son cristales limados de miedo,
pequeñas estatuas de recelo y de frío.
Los cerros son negros, duros gigantes.
tallados en rueda al rededor de la noche
Los niños, espejos de cintura quebrada,
juntan la distancia, cuando los ven acercarse.
El más puro insecto del sueño vuela,
posando su ruido por entre los párpados.
Hay un acomodo de livianos atriles,
cuando la tierra los siente que llegan,
enjoyados de asombro las caras.
Por un camino de gastadas monedas,
creen los niños que vuelven a su casa,
al llegar en sombras, los fraternos muros
retroceden, sin poder conocerlos.

Apoyándose en la mañana siguen los niños,
conversan y hablan sin saber de qué.
Luego otra tarde los mira acerearse,
agitando banderas de blanco cansancio.
Ausentes de aguas las botellas resbalan,
y en sus cristales acampa la azul soledad.
Atardecen los niños dentro de la sombra,
sin la miel del sueño para sus celdillas,
y la sed va cayendo en lentas espadas
hacia un cinto de gargantas enrojecidas.

El desierto tiene tres días de fiesta:
espejismos de agua, ciudades de espuma,
cuadernos de arena, donde ven sus nombres,
que el viento escribe con su caligrafía.
Tamborean cartulina las piernas desnudas,
y el lloro se recoge en lentos pistilos;
pies de la luna blanca reclaman la huella,
que tanto cansancio se las ha embrujado.

¡Erlainer ha caído,
a la orilla de su voz.
Sus amigos lo miran
y no saben quién es!

Delgadas son las naves,
que llegan con la fiebre
y recalán en su sangre,
como si fuera un puerto amigo.

El sol del norte se desploma,
y la arena al cielo sube,
llevándose un rostro de niño,
que parece viajar dormido.

Extraviados laberintos de fatiga Hugo camina,
cavando llanto pequeño, Servando sigue detrás.
La mañana los golpea en resortes de nubes
y la tarde los muerde con su risa de cartos.

Detrás de unos cerros que acampan cercanos,
al fin el desierto se tiende y descansa,
mirándose, alegre, trajeado de casas.
Los niños ya vienen, los niños se acercan,
aosteniendo en puntillas la queja.
Un blando carrousel de manos amigas,
apenas conmueve su absorto regreso
y otra mañana, de voz muy distinta,
se abre camino, para llegarles al pecho.

Eslainer tiene ahora estatura de arena.
Su llanto solo, allá lejos,
ya no lo puede rozar.
De sus sienes se ha evaporado
la aveja del ruido,
y vuelan, desde sus ojos
transparentes volatines.
Entre los hilos,
se va también su sueño,
de arena y soledad,
llevándose de su boca muerta una sonrisa,
para iluminar el viaje,
que siempre en las tardes inventan,
todos los niños del mundo.

INDICE

	Pág.
El niño.....	7
Campana	11
La paloma	13
Fantasia para un cuaderno infantil	15
Lluvia lejana.....	19
Dianita	20
El niño ciego.....	21
Salitre	22
Retorno del pólen.....	23
Presencia de Eslainer López.....	25
Eslainer y el pueblo.....	27
El acercamiento	30
Sobrecogimiento	33



**Este
libro
se terminó
de imprimir en
los talleres gráficos
de "El Abecé" de Antofagasta,
el 14 de Junio de 1947
con un tiraje
de un mil
ejempla-
res.**